

BELLAS ARTES

Exposición de pintura francesa contemporánea

(De Manet hasta nuestros días)

Dos factores debemos de contemplar en esta exposición de pintura francesa contemporánea, celebrada en el Museo de Bellas Artes: la calidad de ella y el valor documental que tiene para nuestro público. Creemos que al decir que el valor documental está sobre la calidad, no sería un juicio desatinado. Creemos también que se impone analizar este valor documental, en la manera de orientar a nuestros lectores, en forma clara y precisa, para evitar confusiones, explicables tratándose de un panorama tan vasto como es el que se presenta en este gran conjunto plástico.

Elegimos el orden con que se muestra la exposición, no tanto por esas tablas explicativas que hay en uno de los salones, ya que los cuadros no se pintan mediante teorías, sino que las teorías se desprenden a su hora de los cuadros, sino porque la sucesión en que se exhiben las piezas, es lógica, clara y evidente, lo que habla una vez más de esa claridad, ya tradicional, que se asigna al espíritu francés.

Siendo así, vayamos por el camino establecido de antemano, explicando de paso, al mirar cada cuadro, la tendencia, para abarcar el conjunto en total.

Antes de mirar este panorama, digamos una cosa básica sobre su calidad. Para una persona que no haya visitado los museos de París, Louvre, Petit Palais y Luxemburgo, lo que se exhibe, hasta el apareamiento del "fauvismo", es bueno. Para otra que haya visitado esos museos y se haya dado cuenta exacta de la calidad de los pintores impresionistas precursores, impresionistas propiamente tales, neo-impresionistas y simbolistas, se trata tan sólo de un conjunto de regular calidad, en el que las piezas, en algunos casos, representan malamente a sus autores.

Dicho esto, entremos a mirar panorámicamente. Nos detendremos de tiempo en tiempo, en algunos pintores, como si nuestra vista al contemplar el gran cuadro en el que no falta ni un solo eslabón, como no sea el de un extranjero reemplazado por un francés, se detuviese en algunos detalles que le interesaron más.

Faustin Latour, "Ariana abandonada", en el que no está bien representado. Hermoso habría sido representar a este gran retratista, en su cuadro "Un taller en Bagincolles", como artista que admiró y pintó en esta tela a un grupo de impresionistas.

Manet. Primer rayo de luz del impresionismo, personalidad bizarra, raíz tradicional, instinto de aire libre, combativo, regularmente representado por sus cuadros número 2, que parece ser el popular Bon Bock (en vez de La Serveuse de Bock) y un delicadísimo retrato, de poco espesor, número 3, de Berta Mozizot.

Dió el impulso, pero abandonó luego al grupo netamente impresionista, formado por Monet, Pissarro, Sisley, Berta Mozizot y Bazille. No presente en el conjunto actual, desvío que debe achacarse a que éste pintor suspiraba por la condecoración de La Legión de Honor, institución que ha sido causa de muchos martirios, para los artistas franceses, que llevan en la sangre el gusto por esa clase de honores. Y no le era conveniente el contacto de los impresionistas, gente tan discutida, en esa época.

Monet. Jefe de la escuela impresionista absoluta, fecundísimo, fácil de producción, vario, vigoroso, con grandes puntos de contacto con Sisley, pero no tan de-

DEDICADO A LA EXPOSICION FRANCESA SALIO "PRO ARTE"

Con un suario del más alto interés en todas sus secciones (Música, Plástica, Teatro y Literatura) y con dos páginas dedi-

cada a la Exposición de pintura francesa contemporánea (alrededor de veinte reproducciones), acaba de aparecer el N.º 87

del semanario "Pro Arte", la mejor síntesis de la actualidad artística nacional y extranjera que se publica en castellano.

licado en el matiz como éste, le vemos bien representado en su cuadro 4 "En Barque", bellísimo de color, donde ya se anuncia aquella hermosa composición decorativa que vi en el museo de "L'Orangerie", en París, titulada Las Ninfas. Pintor inspirado del agua, como le vemos aquí de larga vida, y que conoció el triunfo y la riqueza mucho antes de morir. Su otro cuadro, número 5, La Manne Portée, unas rocas y mar, es una muestra de vacilación y de falta de saber el oficio.

Berta Mozizot. Mal representada en su cuadro 6. Muchacha pintando. Fue una impresionista de faja, lo fué siempre. No se ven en su tela, las condiciones suyas que le conocemos de una pincelada sedosa, de un empaste delicioso, de un sabor rico de materia y de un aspecto agradabilísimo a la vista.

Pissarro, medianamente presentado. Como gama, le representa bien su cuadro La Conversación, y bien igualmente su otra tela Rue de Village. Se ve en el primero su verde gris, tan fino, que le caracteriza, su recuerdo de Millet, pintando campesinos, sin la intención "épica" o épica del autor de El Antillano, pero más familiar, más íntimo, más de nuestros días. A Pissarro, le deben mucho varios grandes pintores franceses.

Renoir. Está representado en forma tradicional, antes de que se dedicase a ser sintiese influenciado por el impresionismo. Sus cuadros de este conjunto, Mujer del sombrero y Parisiennes disfrazadas de Arceinas, no representan al brillantísimo Renoir, cuya visión luminosa y rica, es ya clásica en todo el mundo.

Sisley. Está muy bien repre-

sentado en su cuadro 12. La Inundación. Está allí todo Sisley, con sus delicadezas, sus grises exquisitos, su ternura de color, esa honda melancolía que hace soñar y que sobre todo le hace amar. Creemos que Sisley, es el impresionista de mayor sensibilidad de toda la escuela, y una de las paletas mejor organizadas de todo el arte francés contemporáneo. Unió al buen gusto solo la suprema distinción de la raza inglesa, a la que pertenecían sus padres. No conoció el triunfo en vida, fué muy maltratado por ella. Pero, al morir, corrieron los comerciantes en busca de sus cuadros, y ésta misma "Inundación" que veis ahora en venta primero en unos miserables franceses, sacó en la venta realizada el 6 de marzo de 1900, el precio de 42.000 francos, adjudicada al conde Camondo, que la legó al Louvre. N. Y. S.

COLEGIO MARIA INMACULADA — El domingo 7 de mayo a las 9 A. M. se llevará a efecto la reunión de ex-alumnos. Se ruega a los socios la mayor asistencia a ella.

¿Conoce Ud. a Egidio? Especialista europeo en permanentes corte y peinados. Ahora atiende en su nuevo Salón de Belleza AHUMADA 131 Of. 216 — Tercer piso

MEDIAS DE HILO DEPARTAMENTO 50 DFLGADAS, \$ 33.— 48 — y \$ 55.— DFLGADAS, calidades superiores, \$ 74.— 78 — y 80.— GRUESAS, \$ 28.— 50 — 55 — y 59.— GRUESAS, lo meter LANA nacional, elástica \$ 100.— LANA importada, valdo \$ 109.—

PIELES TAPADOS TRAJES-SASTRE VESTIDOS PILOTOS

EXPOSICION DE PINTURA FRANCESA CONTEMPORANEA

Con esta crítica, terminamos nuestro panorama sobre esta exposición.

Quedamos al final de nuestro primer artículo, en Sisley. Con Toulouse-Lautrec, que está bien representado con su Berta en el jardín, número 14, ya que ha pintado varios cuadros con la misma y casi exacta composición; Bonnard, muy somero, sólo un apunte de circo; Denis y Vuillard, presentados con cuadros de incompleta composición, pero de cierto esfuerzo, creemos que termina una fase del impresionismo. Todos estos pintores nombrados dejan muy poca impresión, ya sea como prácticos, propiamente tales o como artistas-emozionados. Denis, tiene cierta fineza de color y es como una entrada hacia el impresionismo, con su tela 18, Constantina, una ciudad.

Serustier, ya reacciona de la anterior escuela, como Derain, que da más valor al color en su cuadro número 26, El río; como Dufy, tan japonés; como Matisse, que nos deja una desilusión con su cuadro, que si no es el mismo que tiene en el Luxemburgo, es una réplica de él, titulado La Odalisca; como Susana Valadón, de la que conocemos cosas más ágiles y bellas de color, porque su Bote a violón, es pesada de gama. Marquet, del que conocemos telas finalistas, y que tiene parentesco con Sisley en sus armonías en gris, está mal representado, tan mal, que no le habríamos descubierto sino hubiese sido por el catálogo.

Utrillo, que viene directamente del impresionismo, está bien representado, con sus temas de casas, entre las que se significa la número 60, Iglesia de Groslay.

Signac, bien presentado con su puntillismo y sus temas de puerto, de color estridente, exaltación del impresionismo. Rouault, siempre tan desagradable, siempre imitando vidrieras góticas, con su color pesado y su farsa de tragedia, que sólo existe en su manera de pintar. Este pastichismo de la vidriera gótica, no es nada raro entre los fauves, como tampoco lo es el imitar en pintura los mármoles griegos, los tapices, hasta llegar a ese enorme grupo abigarrado de los que hacen plástica pura, abstracciones o

exaltaciones del color y de las líneas.

Picasso está aparte de todos, porque ha sido un creador y no un imitador. Sus grandes facultades de pintar, su temperamento, su agilidad mental, le han permitido cambiar de maneras, a veces de un día para otro. Viene de la tradición, como lo ha demostrado muchas veces, en sus retratos. Posee un gran instinto de conservación, una aguda malicia para bismear cuando se ha agitado un venero a explotar, para mantener el equilibrio en un mundo desequilibrado, revolucionado, de gente descontentadiza, cuyos ojos se acan pendientes de él.

Fue jefe de escuela, no por sus audacias a las que se lanzó por conveniencia, sino porque sabía pintar. Pero una vez que se convenció que eso poco significaba ya pasada las dos guerras, se dedicó al tranquilo arte de la porcelana, buscándose mundos más ricos, la América del Norte, que comprendió el gesto de aquel cubista, aunque su arte llevaba en esta ocasión marca que podía inspirar confianza y le negó la entrada.

¿Qué nos trae ahora? Una estatua griega pintada, simplificada, quintaesenciada, y terriblemente fría. La Lectora es la que se ve a las claras al hombre que sube al clásico, al pintor malicioso que en este mismo momento, trata de conservar el equilibrio entre tanta escuela, tanta tendencia y tanta estridencia de vanguardismo.

Se pasa a la Sala Chile, donde están los más avanzados. Para mirarlos, para es udiarlos y reflexionar sobre ellos, no nos irritemos, no pongamos caras feas ni agrías. Miremos con calma, que de allí se saca algo.

Son, a mi juicio, situándose en un ángulo de observador frío o, más bien, sereno, hombres afebrados por las vísperas de las dos guerras, que desean echarlo abajo todo, y que todos vienen de talleres tradicionales o clásicos, salvo uno que otro, por excepción. Son pintores de escaso temperamento, de pocas dotes, de modestísimas condiciones para pintar. Casi todos ellos, magníficos ilustradores, cartunistas o modelistas, para tapices, otros, organizaciones de afichistas, que suelen tener un color muy agradable, puesto en lo que ellos dicen plástica pura, o sea, en lenguaje corriente, hacer líneas y poner manchas de color. Entre éstos, me han llamado la atención: Lezer, un afichista notable. Su naturaleza muerta número 41, nos gustó mucho, en el género. Marchand, simple, de tradición clásica, interesante por su equilibrio en su Jeune Fille au Capuchon. Schneider, que sabe armonizar tan bien las rayas negras, muy útil para que las mujeres elijan adornos y los hombres corbatas, que armonizan con ese color rebelde de combinar. Van Velde, que enlaza muy finamente los grises. A los anteriores, aunque informes, los prefiero a las cosas desagradables de Lorjou y Walch.

Se abre una esperanza en el salón de la derecha de la sala Chile, según se sale. Pasada la fiebre, el pintor vuelve a su temperatura normal. Aunque incompleta todavía, se vuelve al sentido común, como lo revelan Caillard con su Bailarina, y su Marroquí; Brianchon con su Bosque de Bolonia y Venard con una visión muy suya de la naturaleza.

Al pintor ya formado esta exposición le servirá de estudio. Pero para el joven pintor que está empezando, todo aquello va a ser contraproducente, le va a esgrimir, nos lo va a lanzar a la cara. Cosa peligrosísima, como elija de proyectil el cuadro de Coutsud (89), "Los siete fierros"...

¿Hay en el conjunto un gran cuadro, una gran emoción artística? Fuera de Monet y Sisley, no la sentimos.

N. V. S.

«Exposición de pintura francesa contemporánea»
Nathanael Yáñez Silva
Diario *El Mercurio*, 5 de mayo de 1950

Dos factores deberíamos de contemplar en esta exposición de pintura francesa contemporánea, celebrada en el Museo de Bellas Artes: la calidad de ella y el valor documental que tiene para nuestro público. Creemos que al decir que el valor documental está sobre la calidad, no sería un juicio desatinado. Creemos también que se impone analizar este valor documental, única manera de orientar a nuestros lectores, en forma clara y precisa, para evitar confusiones, explicables, tratándose de un panorama tan vasto como es el que se presenta en este gran conjunto plástico.

Elogiamos el orden con que se muestra la exposición, no tanto por esas tablas explicativas que hay en uno de los salones, ya que los cuadros no se pintan mediante teorías, sino que las teorías se desprenden a su hora de los cuadros, sino porque la sucesión en que se exhiben las piezas, es lógica, clara y evidente, lo que habla una vez más de esa claridad, ya tradicionales, que se asigna al espíritu francés. Siendo así, vayamos por el camino establecido de antemano, explicando de paso, al mirar cada cuadro, la tendencia, para abarcar el conjunto en total.

Antes de mirar este panorama, digamos una cosa básica sobre su calidad. Para una persona que no haya visitado los museos de París, Louvre, Petit Palais y Luxemburgo, lo que se exhibe hasta el aparecimiento del “fauvismo” es bueno. Para otra que haya visitado esos museos y se haya dado cuenta exacta de la calidad de los pintores impresionistas precursores, impresionistas propiamente tales, neo-impresionistas y simbolistas, se trata tan sólo de un conjunto de regular calidad, en el que las piezas, en algunos casos, representan malamente a sus autores.

Dicho esto, entremos a mirar panorámicamente. Nos detendremos de tiempo en tiempo, en algunos pintores, como si nuestra vista al contemplar el gran cuadro en el que no falta ni un solo eslabón, como no sea el de un extranjero reemplazado por un francés, se detuviese en algunos detalles que le interesaron más.

Fantin Latour, “Ariana abandonada”, en el que no está bien representado. Hermoso habría sido representar a este gran retratista en su cuadro “Un taller en Batignolles”, como artista que admiró y pintó en esa tela a un grupo de impresionistas.

Manet. Primer rayo de luz del impresionismo, personalidad bizarra, raíz tradicional, instinto de aire libre, combativo, regularmente representado por sus cuadros número 2 que parecen ser el popular “Bon Bock” (en vez de “La Serveuse de Bock”) y un delicadísimo retrato, de poco espesor, número 3, de Berta Morizot [sic].

Dió [sic] el impulso, pero abandonó luego al grupo netamente impresionista, formado por Monet, Pissarro, Sisley, Berta Morizot [sic] y Bazille –no presente en el conjunto actual–, desvió que debe achacarse a que este pintor suspiraba por la condecoración de La Legión de Honor, institución que ha sido causa de muchos martirios, para los artistas franceses, que llevan en la sangre el gusto por esa clase de honores. Y no le era conveniente el contacto de los impresionistas, gente tan discutida, en esa época.

Monet. Jefe de escuela impresionista absoluto, fecundo, fácil de producción, vario, vigoroso, con grandes puntos de contacto con Sisley, pero no tan delineado matiz como éste, le vemos bien representado en su cuadro 4 “En Barque”, bellísimo de color, donde ya se anuncia aquella hermosa composición decorativa que vi en el museo de “L’Orangerie”, en París, titulada Las Ninfas. Pintor inspirado del agua, como le vemos aquí; de larga vida, y que conoció el triunfo y la riqueza mucho antes de morir. Su otro cuadro, número 5, La Manne Porte, unas rocas y mar, es una muestra de vacilación y de falta de saber el oficio.

Berta Morizot [sic]. Mal representada en su cuadro 6, Muchacha pintando. Fue una impresionista de fila, lo fue siempre. No se ven en su tela las condiciones suyas que le conocemos, de una pincelada sedosa, de un empaste delicioso, de un sabor rico de materia y de un aspecto agradabilísimo a la vista.

Pissarro, medianamente presentado. Como gama, le representa bien su cuadro La Conversación y bien igualmente su otra tela Rue de [sic] Village. Se ve en el primero su verde gris, tan fino, que le caracteriza, su recuerdo de Millet, pintando campesinos, sin la intención XXX o épica del autor del Angellus, pero más familiar, más íntimo, más de nuestros días. A Pissarro, le deben mucho varios grandes pintores franceses.

Renoir. Está representado en forma tradicional, antes de que se dedicase o se sintiese influenciado por el impresionismo. Sus cuadros de este conjunto, Mujer del sombrero y Parisienses disfrazadas de Argelinas, no representan al brillantísimo Renoir, cuya visión luminosa y rica es ya clásica en todo el mundo.

Sisley. Está muy bien representado en su cuadro 12, La Inundación. Está allí todo Sisley, con sus delicadezas, sus grises exquisitos, su ternura de color, esa honda melancolía que hace soñar y que sobre todo hace amar. Creemos que Sisley es el impresionista de mayor sensibilidad de toda la escuela, y una de las paletas mejor organizadas de todo el arte francés contemporáneo. Unió al buen gusto galo la suprema distinción de la raza inglesa, a la que pertenecían sus padres. No conoció el triunfo en vida, fue muy maltratado por ella. Pero al morir, corrieron los comerciantes en XXX a su taller, y esta misma “Inundación” que veis ahora, vendida primero en unos miserables francos, alcanzó en la venta realizada el 6 de marzo de 19XX el precio de 43.000 francos, adjudicada al conde Camondo, que la legó al Louvre.

N. Y. S.

«Exposición de pintura francesa contemporánea»
Nathanael Yáñez Silva
Diario *El Mercurio*, 6 de mayo de 1950

Con esta crónica, terminamos nuestro panorama sobre esta exposición.

Quedamos al final de nuestro primer artículo en Sisley. Con Toulouse-Lautrec, que está bien representado con su Berta en el jardín, número 14, ya que ha pintado varios cuadros con la misma y casi exacta composición; Bonnard, muy somero, sólo un apunte de circo; Denis y Vuillard, presentados con cuadros de incompleta composición, pero de cierto esfuerzo, creemos que termina una fase del impresionismo. Todos estos pintores nombrados dejan muy poca emoción, ya sea como prácticos, propiamente tales o como artistas emotivos. Denis tiene cierta fineza de color y es como una mirada hacia el impresionismo, con su tela 16, Constantina, una ciudad.

Serusier, ya reacciona de la anterior escuela, como Derain, que da más valor al color en su cuadro número 28, El río; como Dufy, tan japonés; como Matisse, que nos deja una desilusión con su cuadro, que si no es el mismo que tiene en el Luxemburgo, es una réplica de él, titulado La Odalisca; como Susana Valadon, de la que conocemos cosas más ágiles y bellas de color, porque su Boîte à violon, es pesada de gama. Marquet, del que conocemos telas finísimas, y que tiene parentesco [sic] con Sisley en sus armonías en gris, está mal representado, tan mal, que no lo habríamos descubierto sino [sic] hubiese sido por el catálogo.

Utrillo, que viene directamente del impresionismo, está bien representado, con sus temas de casas, entre las que se significa la número 60, Iglesia de Groslay.

Signac, bien representado con el puntillismo y sus temas de puerto, de color estridente, exaltación del impresionismo. Rouault, siempre tan desagradable, siempre imitando vidrieras góticas, con su color pesado y su farsa de tragedia, que sólo existe en su manera de pintar. Este pastichismo de la vidriera gótica, no es nada raro entre los fauves, como tampoco lo es el imitar en pintura los mármoles griegos, los tapices, hasta llegar a ese enorme grupo abigarrado de los que hacen plástica pura, abstracciones o exaltaciones del color o de la línea.

Picasso está aparte de todos, porque ha sido un creador y no un imitador. Sus grandes facultades de pintar, su temperamento, su agilidad mental, le han permitido cambiar de maneras, a veces de un día para otro. Viene de la tradición, como lo ha demostrado muchas veces, en sus retratos. Posee un gran instinto de conservación, una aguda malicia para husmear, cuando se ha agotado un veneno a explotar, para mantener el equilibrio en un mundo desequilibrado, revolucionado, tiene gente descontentadiza, cuyos ojos estaban pendientes de él.

Fue jefe de escuela, no por sus audacias, a las que se lanzó por conveniencia, sino porque sabía pintar. Pero una vez que se convenció que eso poco significaba ya pasadas las dos guerras, se dedicó al tranquilo arte de la porcelana, buscando mundos más ricos, la América del Norte, que comprendió el gesto de aquel cubista, aunque su arte llevaba en esta ocasión marca que podía inspirar confianza y le negó la entrada.

¿Qué nos trae ahora? Una estatua griega pintada, simplificada, quintaesenciada, y terriblemente fría. La Lectora, en la que se ve a las claras al hombre que sabe, al clásico, al pintor malicioso que en este mismo momento, trata de conservar el equilibrio entre tanta escuela, tanta tendencia y tanta estridencia de vanguardismo.

Se pasa a la Sala Chile, donde están los más avanzados. Para mirarlos, para estudiarlos y reflexionar sobre ellos, no nos irriteemos, no pongamos caras feas ni agrias. Miremos con calma, que de allí se saca algo.

Son, a mi juicio, situándome en un ángulo de observador frío o, más bien, sereno, hombres afiebrados por las vísperas de las dos guerras, que desean echarlo abajo todo, y que todos vienen de talleres tradicionales o clásicos, salvo uno que otro, por excepción. Son pintores de escaso temperamento, de pocas dotes, de modestísimas condiciones para pintar. Casi todos ellos, magníficos ilustradores, cartonistas o modelistas para tapices; otros, organizaciones de afichistas, que suelen tener un color muy agradable, puesto en lo que ellos dicen plástica pura, o sea, en lenguaje corriente, hacer líneas y poner marchas de color. Entre éstos me han llamado la atención: Léger, un afichista notable. Su naturaleza muerta número 41, nos gustó mucho, en el género. Marchand, simple, de tradición clásica, interesante por su equilibrio en su *Jeune Fille au Capuchon*. Schneider, que sabe armonizar tan bien las rayas negras, muy útil para que las mujeres elijan adornos y los hombres corbatas, que armonicen con ese color rebelde de combinar. Van Velde, que enlaza muy finamente los grises. A los anteriores, aunque informes, los prefiero a las cosas desagradables de Lorjou y Walch.

Se abre una esperanza en el salón de la derecha de la sala Chile, según se sale. Pasada la fiebre, el pintor vuelve a su temperatura normal. Aunque incompleta todavía, se vuelve al sentido común, como lo revelan Caillard con su *Bailarina* y su *Marroquí*; Brianchon con su *Bosque de Bolonia* y Venard con una visión muy suya de la naturaleza. Al pintor ya formado esta exposición le servirá de estudio. Pero para el joven pintor que está empezando, todo aquella va a ser contraproducente, le va a esgrimir, nos lo va a lanzar a la cara. Cosa peligrosísima, como elija de proyectil el cuadro de Coutaud (89), “Los siete fierros”...

¿Hay en el conjunto un gran cuadro, una gran emoción artística? Fuera de Monet y Sisley, no la sentimos.

N. Y. S.